

PERFILES ARAGONESES *

por

JOSE CASTAN TOBENAS

EXCELENTÍSIMAS CORPORACIONES ARAGONESAS;
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES PRESIDENTE DE LA INSTITUCIÓN
«FERNANDO EL CATÓLICO» Y DECANO DEL COLEGIO DE
ARAGÓN;
EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES;
SEÑORAS Y SEÑORES:

S¹, según la conocida frase orteguiana. «yo soy yo y mi circunstancia», pudo darse y se ha dado en mi vida esta contradicción: mi yo y mi sentir me vinculaban a mi pueblo natal; las circunstancias han alejado mis actividades de ese originario núcleo territorial y cultural. Dos veces inicié en la Universidad cesaraugustana una labor docente; la primera, en seguida de doctorarme, como profesor auxiliar en ella; la segunda, en 1939, como catedrático de Derecho civil. Y en ambas ocasiones la presión de la capital de España me cortó inmediatamente tan grata adscripción.

No me tengo por un mal aragonés. Pero he sido, sin duda, por mi ausencia de la capital regional, un zaragozano inútil.

Fue, por ello, pura y magna liberalidad —que agradecí tanto— la de la Corporación municipal, presidida por don José María Gar-

* Discurso leído por el excelentísimo señor don José Castán, miembro del Colegio de Aragón, en la sesión académica de su XIX Pleno, celebrada en Calatayud el 2 de junio de 1968.

cía Belenguer al otorgarme, en 1952, el honroso título de Hijo Predilecto de Zaragoza. Y es ahora gigantesca, desmesurada bondad de la Corporación provincial, bajo la inclita presidencia de don Antonio Zubiri, la que acaba de enaltecerme con distinción tan señalada e inmerecida como la concesión de la Medalla de Oro de la Provincia de Zaragoza.

Por si todo ello fuera poco, el ilustre Colegio de Aragón, en su XIX Pleno, me tributa un homenaje en el que tantas elogiosas amabilidades y por personalidades tan egregias se me han prodigado.

Recordaré siempre con emoción la fecha de hoy. Y guardará mi corazón inmensa gratitud a la Diputación de Zaragoza, a este Colegio de Aragón, a todas cuantas destacadísimas personas han intervenido en este acto y también, ¿cómo no?, a los bilbilitanos que nos honran con su compañía y su acogedor hospedaje. Calatayud ha merecido siempre mis mayores simpatías. Tenían mis padres muy buenos amigos en esta ciudad y los he tenido yo también. Quiero dedicar un recuerdo a mi inolvidable compañero de Sala de Gobierno del Tribunal Supremo, don Juan Gualberto Bermúdez (q. g. h.), así como un saludo a mis colegas de ahora, magníficos juristas y entrañables amigos, don Luis Martín-Ballesteros Costea y don Fausto Navarro Azpeitia.

Debía terminar aquí, para no cansaros. Pero el agradecimiento que llena estos días mi alma me ha forzado a responder a vuestro valioso homenaje con otro homenaje mío —pequeñísimo, intrascendente, pero sincero, respetuoso y cordial— a Aragón, Zaragoza y Calatayud. Ocupa excesivos folios y nada nuevo encontraréis en ellos. Perdonad la osadía que supone el hablaros de cosas que todos sabéis mejor que yo.

I. ARAGON Y SU PERSONALIDAD

A. EL CARÁCTER ARAGONÉS

Un previo interrogante se nos plantea. ¿Puede hablarse de un carácter o tipo aragonés?

No es fácil estudiar a Aragón como algo homogéneo que pueda someterse a rasgos y apreciaciones uniformes. La variedad, tan

propia de España y de todas sus regiones, sobresale en la nuestra de manera acusadísima.

Aragón es tierra de grandes contrastes, tanto geográficos como humanos. Hay en él una complejidad de territorios que lleva aneja la diversidad de hombres, caracteres, condiciones de vida. Son bastante distintos el tipo aragonés de las zonas pirenaicas, el del montañés ibérico y el de las llanuras del Ebro.

Sorprende que de ese conglomerado pudiera surgir una unidad socio-geográfica y una gran realidad histórica. Y, sin embargo, es indudable que se forjó esa unidad; que nació y ha sabido mantenerse un reino, que hoy es una región, un pueblo en suma, de fuerte y ostensible personalidad. Se ha dicho que «ninguna región hispana ha marcado con tanta fuerza a sus hijos como Aragón»¹. No es imaginaria la existencia de una psicología aragonesa.

¿Cuál será la génesis del carácter aragonés? ¿Qué factores lo habrán originado?

Se ha observado, con alguna razón, pensando en las condiciones naturales del escenario en que se han movido los aragoneses, que «la vasta porción miserable, fría, adversa, de esa tierra, que exige de sus hombres esfuerzo y aguante cuya grandeza ha de aumentar la propia estima y el culto a la resistencia viril, ha influido, tal vez, en el temperamento aragonés; le ha hecho menospreciar otros valores menos útiles ahí que esa enteriza virilidad, exaltada sobre todas las cosas»².

Otros autores, con un enfoque político del problema, han pensado que el vínculo que facilitó la unión de los diversos territorios y gentes que vinieron a constituir el reino de Aragón fue el de la dependencia de un mismo monarca. Mas, este sometimiento ¿no dependerá, a su vez, de otros factores internos y primarios? Seguramente el hecho histórico de la aceptación de una común jefatura política se hizo posible por una nota muy particular que caracterizó a la monarquía y la historia aragonesas: el sentido un tanto democrático de esta monarquía; la compenetración que —como hace notar Lacarra— se daba siempre entre el rey y sus súbditos, ricos hombres, prelados, caballeros y ciudadanos y hombres de villas³.

En definitiva, cabe decir que el carácter aragonés lo ha hecho, conjuntamente, la geografía y la historia de esta región. La geo-

¹ NADAL, *Ciudades en España*, Barcelona, Edit. Yunque, 1943, pág. 45.

² NADAL, *ob. y pág. cit.*

³ JOSÉ M.^a LACARRA, *Aragón en el pasado*, en la obra *Aragón*, editada por el Banco de Aragón, t. I, Zaragoza, 1960, pág. 230 y sigs.

grafía, con la aridez de un terreno muy accidentado y la diversidad y el aislamiento de las comarcas, ha creado muchos de los rasgos típicos de Aragón y seguramente lo que se llama su individualismo, que es, más bien, su espíritu de independencia, tan ligado a la conservación de la casa y el patrimonio, de las libertades familiares y ciudadanas. Pero la historia de Aragón fue factor todavía más decisivo en la formación de la idiosincrasia de nuestras gentes, sobre todo en el plano político. «Hemos de pensar —ha escrito el doctor Rocasolano— en la idea directriz de la Historia de Aragón, la que ha informado su ser y dirigido su vida; cómo se inició su nacionalidad cuando las huestes sarracenas se apoderaron de las grandes ciudades del Mediterráneo y atravesando el Pirineo amenazaban a Europa. El movimiento libertador nació en el monte Pano, en el Santuario de la Raza; y la lucha incesante, los múltiples Parlamentos que se celebraron, las instituciones políticas que se organizaron formaron el genio político de Aragón, que con tanto éxito actuó y actúa siempre en los momentos más difíciles de nuestra Historia, reflejando en sus actuaciones tenacidad y espíritu de justicia. Tan a fondo llegó así a formarse el carácter aragonés, que aún hoy, después de tanta claudicación colectiva, la dignidad individual es una de las singularidades de nuestra raza»⁴.

Si compleja fue la génesis del carácter aragonés, no es simple tampoco su composición y contenido; y ello hace que suela ser definido aquél con fórmulas diferentes y un tanto unilaterales, que reflejan el punto de vista en que se coloca el observador. La tesis más corriente y vulgar es la que se fija en la proverbial terquedad y tozudez de los aragoneses. Pero es claro que tal apreciación, aislada, no nos descubre la verdadera idiosincrasia de éstos. ¿Se ha podido suponer que los aragoneses sean obstinados y testarudos *porque sí* y no como consecuencia de sentimientos y convicciones que lleven consigo, como accesoria, aquella cualidad? Hay que ahondar más, si se quiere descubrir el fondo del alma aragonesa.

No sin razón se dice a veces que Aragón es, a la vez, noble, leal, recio, generoso, sobrio, y se destacan las cualidades morales de sus hombres... y de sus hembras. Un culto escritor del siglo pasado, hijo de Aragón y que conocía el ambiente de sus tierras y de muchas otras en las que había vivido, Eusebio Blasco, delinea

⁴ Prólogo al libro de RICARDO DEL ARCO, *Aragón: Geografía; Historia; Arte*. Huesca, 1931, pág. VIII.



Presidencia del XIX Pleno del Colegio de Aragón



Aspecto de la sesión académica del XIX Pleno del Colegio de Aragón,
en la iglesia de San Pedro de los Francos, de Calatayud



Intervención del ilustrísimo señor alcalde de Calatayud, don Salvador Ibarra Franco,
en el homenaje al doctor Castán Tobéñas



Intervención del excelentísimo señor don José Lorente Sanz



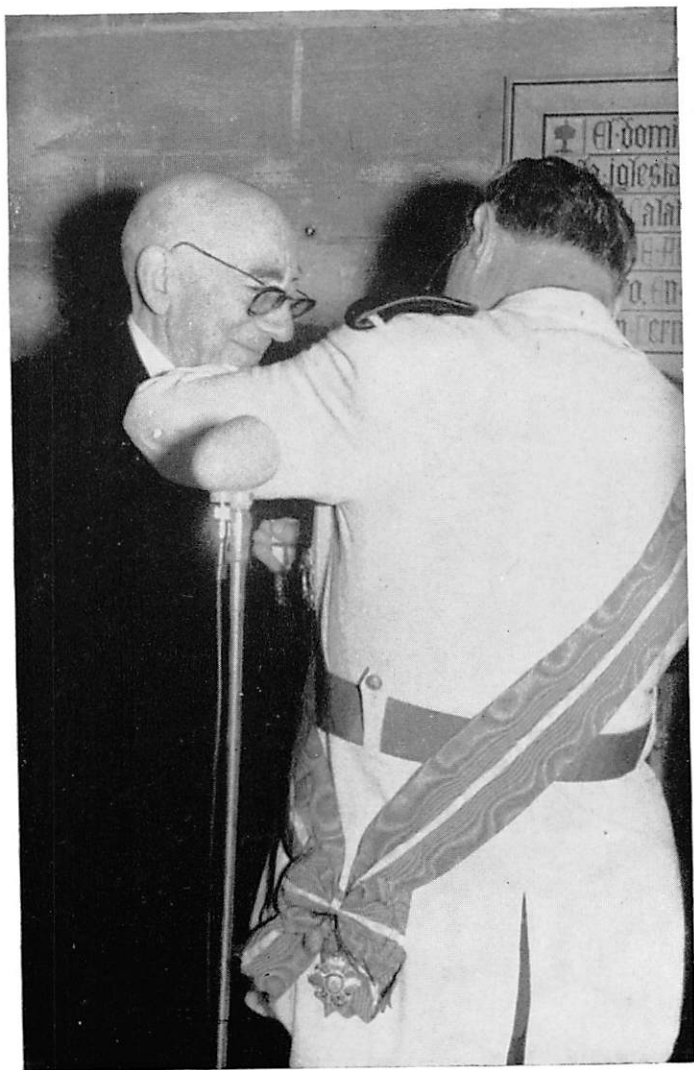
Intervención del excelentísimo señor don Luis Jordana de Pozas



Intervención del excelentísimo señor don Antonio Zubiri Vidal



Intervención del excelentísimo señor don José Castán Tobeñas



El presidente de la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza, doctor Zubiri Vidal, coloca la Medalla de Oro de la Provincia al doctor Castán Tobeñas

a la mujer aragonesa con rasgos que, por fortuna, no creemos que se hayan perdido. Decía, en efecto, en uno de sus apuntes, trazado al recorrer las provincias aragonesas y a la vista de las actitudes de sus mujeres, que le fue grato comprobar la fisonomía moral de Aragón: «este hermoso país, cuna de la libertad y de las glorias de España, está decaído pero no degradado; si alguien ha dicho con verdad que para juzgar de la moralidad de un país hay que ver la consideración que, en él, gozan las mujeres, todavía es Aragón el país de la integridad, de la severidad de las costumbres y de la elevación de los sentimientos»⁵.

Al lado de este favorable juicio, la más frecuente apología de los aragoneses es la que se fija, más que en su fisonomía moral, en los rasgos jurídico-políticos de su carácter, dominado por los sentimientos de independencia y de justicia, dispuesto siempre a luchar por las libertades personales y cívicas. Ya de estas notas hablábamos el año pasado en la reunión del XVIII Pleno de este Colegio de Aragón, glosando la teoría de nuestro gran polígrafo Joaquín Costa, que ve en Aragón el órgano político y jurídico de la nación española. Este punto de vista ha sido compartido, dentro y fuera de España, por muchos escritores, entusiasmados ante las tradiciones de libertad del antiguo reino de Aragón y las instituciones que, como sus Cortes y el Justiciazgo, eran su garantía. Tal ha sido la silueta de Aragón preferida por los viajeros más famosos, que parecían arrodillarse al recordar los rasgos de valor, grandeza y exaltación de la libertad de que dio tan imborrables muestras nuestro pueblo. Edmundo de Amicis exclama: «¡Aragón! ¡Qué profundo sentimiento de simpatía y respeto despierta este nombre famoso! ¡El viejo, noble y altivo Aragón, sobre cuya frente brilla el más espléndido destello de la gloria de España!»⁶

¿Cabría hallar una expresión feliz que, por vía de síntesis, explicase y compendiasse las notas del carácter aragonés? Un escritor muy actual, Benítez Claros, ha creído encontrarla en el sentimiento de seguridad en sí mismo, en la propia evaluación y estima, que domina la psicología del hombre aragonés. «Una remotísima serie de circunstancias históricas —nos dice— especialmente aptas para la formación de una personalidad fuerte y heroica, han rodeado su carácter de tal modo que constituye éste uno de los más vigorosos y acusados de España. Su rasgo distintivo podría

⁵ Cit. por CEFERINO PALENCIA, *España vista por los españoles*, México, 1917, pág. 785.

⁶ *España (Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de D. Amadeo I)*, trad. de CÁTULO ARROITA, Barcelona-Buenos Aires, 1906, pág. 34.

decirse que es el de la seguridad en sí mismo. Siempre veréis al hombre de Aragón maravillosamente aplomado y con una irreducible confianza en sí mismo y en sus actos. El viejo y amplio anecdotario popular en torno a la figura del maño y del baturro no por casualidad se apoya en esa cualidad tan representativa. Con la exageración propia de esa literatura se presentan como extremo de terquedad y tozudez lo que no son sino manifestaciones hiperbólicas de esa profunda estimación propia y de la valía personal y colectiva»⁷. Acertada es esta última alusión a lo colectivo: el aragonés tiene conciencia de su valía individual y sobre todo de la comunitaria; es individualista hasta cierto punto, pero no deja de ser hombre eminentemente social y comunicativo, de naturaleza franca y abierta, que pospone sus propios intereses a los de su grupo familiar o a los de su patria.

¿Qué relación podrá haber entre este genio aragonés que hemos intentado perfilar y el general carácter español? La cuestión es ardua, porque si variados son los elementos constitutivos de la idiosincrasia de nuestro pequeño pueblo, más complicada ha de ser la fisonomía del pueblo español en su conjunto. El reciente autor de un interesante libro que se propone, no sin fortuna, indagar y exponer el significado de España, nos dice que las notas peculiares y un tanto complejas del carácter español, que se nos muestran como una síntesis de cualidades humanas preeminentes, pueden acaso ser resultado de la formación histórica y racial de nuestra nación. Hay que tener en cuenta «los muchos pueblos que han pasado por el pequeño continente que es la península ibérica; en España se dieron cita iberos, ligures, celtas, fenicios, cartagineses, griegos, romanos, judíos, germanos, árabes. Del celtíbero heredó el español el sentido de la libertad y el individualismo; el fino y lógico sentido jurídico del romano, y la fidelidad del germano, que se desarrolló en el hidalgo dándole su orgullo y sentido del honor»⁸.

Lo cierto es que ese carácter español, resultado tal vez de la concurrencia y unión de elementos procedentes de mundos muy lejanos y diversos, se ve reflejado, de la manera más genuina, en el carácter del hombre aragonés. El escritor a que nos venimos refiriendo conceptúa que las notas que distinguen a los hijos de Aragón son las propias de aquellos antiguos celtíberos «cuyas cua-

⁷ RAFAEL BENÍTEZ CLAROS, *Los Hombres*, en el vol. de varios autores *La España de los Españoles*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1963, pág. 74.

⁸ JOSÉ LUIS MIJARES, *Civilización española (El ser de España a la luz de su geografía, de su historia y de su cultura)*, Madrid, Editora Nacional, 1968, nota 547, pág. 467.

lidades, inalterables a través de los siglos, definen al español en lo sustancial: amor a la independencia, bravura, lealtad, hospitalidad, generosidad y seguridad en sí mismo... Los aragoneses están considerados genuinos representantes del carácter español, porque el aragonés, el hombre que tan graciosamente baila y canta la jota, es franco, trabajador, sufrido, cumplidor de su palabra, obsequioso y alegre, y, además, de una voluntad tan férrea que se dice de él que es capaz de clavar puntas con la cabeza»⁹.

Todo ello nos explica que los hijos de Aragón hayan sido siempre españolísimos, muy solidarios con los de los demás reinos y regiones de la patria grande. ¿Podrá tener esto una razón etnológica? El profesor Antón sostenía que el tipo íbero más genuino se conserva viviente, en su mayor pureza, en Aragón¹⁰. El españolismo de Aragón podría, así, ser iberismo ancestral. Séalo o no, pues todo lo que llamamos ibérico es muy oscuro, parece seguro que Aragón ostenta y representa los valores nativos hispánicos. Como ha dicho Eugenio Nadal, las cualidades básicas del alma aragonesa son las cualidades primarias, radicales hispanas¹¹.

No cabe duda que la historia de Aragón es la de un pueblo que, pese a sus diversidades y sus contrastes, ha luchado siempre por su unidad y su independencia y, con ellas, la unidad y la independencia de España. Buscó Aragón afanosamente su difícil unidad, su personalidad como reino, y una vez lograda esta aspiración, ha combatido fieramente por mantener íntegra, en lo interno y en lo externo, la personalidad hispánica.

Nótese que los aragoneses han sido una pieza fundamental en la integración española. Toda la intensa actuación aragonesa en la Reconquista responde a esa latente aspiración. A ella obedecen también, en siglos más próximos a nosotros, la unidad lograda por el matrimonio de los reyes de Aragón y Castilla; la parte importante, ya muy demostrada, que Aragón tuvo en la empresa del descubrimiento de América¹², y finalmente su enérgico proceder en la guerra de la Independencia, por no citar sus gestos de siempre en momentos difíciles para la Patria española y en que soplaban vientos de segregación.

La aportación de Aragón a España ha sido también la de sus hijos ilustres¹³, en los que se reflejan y confirman los caracteres

⁹ MIJARES, *Civilización española*, cit., pág. 99.

¹⁰ *Los orígenes étnicos de las nacionalidades libio-ibéricas*, Discurso en la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, Madrid, 1910, pág. 17.

¹¹ *Ciudad-s en España*, cit., pág. 36 y siguiente.

¹² Véase DEL ARCO, *Aragón*, cit., pág. 274 y siguiente.

¹³ Para una relación bastaste completa y detallada, véase DEL ARCO, *Aragón*, cit., págs. 492 y sigs. y 527 y sigs.

de la estirpe. Aragón es país de grandes políticos y grandes juristas; de hombres a veces de mucha imaginación o ciencia, pero siempre de hombres emprendedores y de acción. Huelga recordar que es patria de Marcial, de Prudencio, de San Lorenzo mártir, de San Braulio, de Jaime I de Aragón (cuya actuación histórica responde a un sentido de grandiosidad y lucha constructiva), del Papa Luna, del Rey Católico, de Servet, de los Argensola, de San José de Calasanz, de Gracián (cuyas obras destilan recio aragonesismo de esencia y hasta de estilo), de Zurita, de Lanuza, del conde de Aranda, de Pignatelli, de Goya, de Palafox, de las Heroínas de los Sitios de Zaragoza, de Costa, de Ramón y Cajal (que se consideraba aragonés, aunque nació en Petilla, enclave navarro en Zaragoza)... La vida y la obra de todos estos personajes y muchos más que podrían citarse están influidas por el carácter de su pueblo.

Entre tal abundancia de nombres ilustres, y contemplados desde la perspectiva del mundo actual, no parece inadecuado destacar a Goya como encarnación y prototipo del genio aragonés. Nadie mejor que él expresó las cualidades de su propio pueblo y del pueblo español. «Toda la mucha vida que el hombre aragonés tiene —nos dice José Luis Mijares— la trasladó Goya a la pintura, ya que no existen cuadros más cargados de vida que los suyos»¹⁴. «En sus retratos es rudo y franco como sus paisanos, amigo de la verdad, sin tapujos»¹⁵. En sus cuadros alegres refleja la felicidad y el humor de los aragoneses. Ello no obsta a que este pintor celtibero y aragonés fuese a la vez el pintor más europeo, universal y renovador de su época: «eslabón entre Velázquez y Picasso, comenzó en el arte todo el proceso del subjetivismo moderno, al igual que comenzó en su época en la filosofía»¹⁶. Fue Goya, en efecto, quien abrió el dique de las corrientes artísticas contemporáneas. En resumen, podemos afirmar, con Eugenio d'Ors, que es don Francisco de Goya el más español y el más universal de los pintores¹⁷.

B. EL ARTE ARAGONÉS

La historia de los pueblos va unida a sus reliquias artísticas. El sentido bélico o defensivo de esa historia se manifiesta en las

¹⁴ *Civilización española*, cit., pág. 99.

¹⁵ *Ibidem*, pág. 100.

¹⁶ *Ibidem*, en la misma página.

¹⁷ *Goya, Picasso, Zabaleta*, Madrid, 1964, pág. 51

murallas, los castillos o los arcos triunfales. El carácter, la ideología, se muestran con gran relieve en los monasterios, iglesias, torres y campanarios.

Pues bien: las comarcas aragonesas son ricas en construcciones de todas esas clases, pero principalmente en torres, vestigio de un pasado glorioso. La Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja ha editado un lujoso folleto con el título de *Torres de Aragón*, en que se recogen, dibujadas por Vicente García, cuarenta y cuatro bellísimas torres de nuestra región. Tienen las torres aragonesas, casi siempre, un sentido de arte autóctono, mudéjar, que les da especial encanto e interés. Armonizan muy bien con el paisaje y el ambiente. Son expresión no sólo de las características propias de la vida y la cultura de su época, sino también de los rasgos perennes del alma aragonesa.

Don José María Quadrado parecía poner un poco en duda la importancia de Aragón desde el punto de vista monumental y arquitectónico. En vano —viene a decirnos— se buscarían allí aquellos portentos de gracia y ligereza, aquella pureza de líneas en medio de tanta profusión de adornos y detalles, con que el arte gótico desde mediados del XIII hasta mediados del XV enriqueció otras provincias. Pero reconoce este cronista que hay en Aragón dos épocas artísticas, de transición por cierto, altamente originales: la que corresponde a su restauración religiosa y sus glorias históricas en los siglos XI y XII, que marcan el apogeo del estilo que llama él bizantino, y la que coincide con su adaptación a un nuevo estado social en el XVI, ofreciéndonos el plateresco¹⁸.

Bastarían, pues, estas dos épocas y sus correspondientes estilos para atestiguar la riqueza arquitectónica autóctona aragonesa. Pero, en realidad, el catálogo monumental aragonés nos proporciona muestras de todos los estilos, empezando por el románico (casi único en el Alto Aragón) y el gótico. Lo que hay es que este último nos presenta siempre alguna particularidad regional, al ir acompañado, sobre todo, de elementos mudéjares (como en la Seo de Zaragoza y en la catedral de Tarazona). Aún en el arte musulmán, que algunos consideran puro, de la Alfajería o Aljafería de Zaragoza se advierten matices muy propios no fácilmente atribuibles a extrañas importaciones.

Es destacadísima la importancia del mudéjar en el arte de Aragón. Esta típica forma, dominante en Teruel y tan generalizada

¹⁸ Aragón, en la colección de varios autores *España: Sus monumentos y artes; su naturaleza e historia*, Barcelona, 1886, pág. XVIII y sigs.

en casi todo Aragón (quizá porque es aquí donde hubo más moriscos que arraigaron hasta muy entrado el siglo xvi) tiene notas de gran originalidad y de encantadora belleza, por su riqueza ornamental y fantasía de detalles y color¹⁹. El mudéjar es el tipo nacional y autónomo de todo nuestro arte; constituye, según la autorizada opinión de Camón Aznar, «la expresión de la sensibilidad hispánica en arquitectura»²⁰. Y es de observar que el mudéjar aragonés es distinto del toledano y el sevillano²¹.

Por otra parte, la arquitectura aragonesa tiene no sólo monumentos preciadísimos, sino un conjunto monumental y artístico, tal vez único en España. La Seo de Zaragoza, como escribe Santiago Lorén, «ha sabido contener en armonía toda la historia de nuestro arte, desde el árabe romanizado hasta el neoclásico»²².

Y, en fin, la riqueza artística de Aragón se manifiesta no sólo en la arquitectura religiosa, sino también en prodigiosos retablos (como los famosos de Forment), en sus casas consistoriales y palacios particulares, en las lonjas, en los tapices, en las esculturas románicas altoaragonesas y del Renacimiento, en las pinturas, primitivas o clásicas y las que no legó el genio innovador de Francisco de Goya, en la cerámica y la artesanía en general, en el mueble y la decoración...

C. LA EXPRESIÓN POPULAR ARAGONESA (El folklore aragonés)

Muy variadas y ricas son las manifestaciones del folklore aragonés. Muchas de ellas están recogidas en el Museo de Etnología de Aragón o expuestas por cultos escritores²³. Hay así interesantes trabajos sobre el «dance» en Aragón, que aun teniendo indudables analogías con las danzas de palos y espadas que existen en numerosos pueblos y ciudades españolas, reviste en nuestra región características peculiares²⁴. Pero es la jota aragonesa, canto a la par que baile, una de las más destacadas muestras del folklore español, por su belleza, originalidad y vibrante vigor expresivo.

¹⁹ Véase DEL ARCO, *Aragón*, cit., especialmente pág. 550.

²⁰ *Los artes y los días*, Madrid, 1965, págs. 122 y siguiente.

²¹ DEL ARCO, *Zaragoza Histórica (Evocaciones y noticias)*, Madrid, 1928, pág. 11.

²² *Zaragoza*, en el volumen de varios autores *La España de cada provincia*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1964, pág. 786.

²³ Vid., por ej., RICARDO DEL ARCO, *Notas de Folklore altoaragonés*, Madrid, 1948.

²⁴ Vid. ARCADIO LARREA PALACÍN, *El dance aragonés y las representaciones de moros y cristianos*, Madrid, 1943, y sobre todo, MERCEDES PUEYO ROY, *El dance en Aragón*, en la revista *Zaragoza*, 1957, págs. 63 y sigs.

Ciertamente la jota puede ser vinculada a España en casi todas sus partes. No es sólo aragonesa. Se canta y se baila también en Navarra, en Valencia, en Murcia, en las Baleares, en la Mancha y algunas otras regiones²⁵. Pero es en Aragón donde resulta más briosa y espectacular. Quizás por ello la opinión común la asocia a la región aragonesa. La jota por antonomasia es hoy la nuestra. La jota es el orgullo folklórico de Aragón.

Oscura es la cuestión de la procedencia etimológica del vocablo jota. No es segura su derivación del vascuence *jotu*, tañer²⁶. Y menos consistencia ofrece su derivación del nombre de un supuesto moro, Aben Jot, al que se refiere esta conocida copla:

*La jota se llama jota
porque la inventó Aben Jot
cuando de Valencia vino
desterrado «pa» Aragón*²⁷.

Sin embargo, autores serios atribuyen a la palabra jota ascendencia árabe. Ribera Tarragó²⁸ se inclina por la etimología que propone el P. Alcalá, referida a la voz *xatha*, baile o danza, del dialecto de los moriscos españoles. Parece, no obstante, más fundada la etimología defendida por García Arista²⁹, que relaciona la palabra jota con el verbo arcaico de nuestro propio idioma, *sotar*,^{29 bis} que significa saltar o brincar rápidamente. Vicente Pacía, aceptándola, nos dice que «la palabra parece que proceda de la antigua *sotar*, saltar, pareciendo que se utiliza este vocablo de acuerdo con el movimiento que en realidad son saltos en el Alto y Medio Aragón, región de jota briosa, alborotada, enérgica, que es un baile, ya que, en cambio, el Bajo Aragón tiene una jota más reposada, de movimientos más delicados, que es *danza*»³⁰.

Esta cuestión del significado de la palabra jota nos lleva a la del origen de la jota como canto y como baile, la cual ha suscitado también variadas opiniones. Algunos autores, como el gran arabista, antes citado, Ribera Tarragó, asignan a la jota procedencia árabe-andaluza, en conexión con las antiguas canciones bizantinas y persas. Y Martínez Torner supone que la jota es originaria

²⁵ Véase, para indicaciones más concretas, ANTONIO BELTRÁN, *Sobre la jota y otros problemas de etnología aragonesa*, en la revista *Zaragoza*, 1960, pág. 43.

²⁶ La acepta el *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, Barcelona, 1892, t. XI, pág. 199.

²⁷ Vid. las referencias de ANTONIO BELTRÁN, *Sobre la jota y otros problemas de etnología aragonesa*, loc. cit., pág. 36 y siguiente.

²⁸ *La música de la jota aragonesa: Ensayo histórico*, Madrid, 1928.

²⁹ *La jota aragonesa* (Discurso), Zaragoza, 1919.

^{29 bis} Del latín *saltare*.

³⁰ Aragón, en la colección *Temas españoles*, Madrid, 1954, pág. 27.

de Andalucía y procede del fandango, con el que tiene parentesco muy estrecho la jota valenciana, de la que parece derivar, según este autor, la aragonesa³¹.

En la literatura popular están recogidas las dos versiones, arábigo-valenciana, una, y andaluza la otra, que pretenden señalar las raíces de este canto y baile regional; aunque coincidan ambas en designar a Aragón, y concretamente a Calatayud, como cuna de la actual y más propia jota. Las hemos de transcribir cuando hablemos de Calatayud, en la última parte de estas notas.

Pero se opone a estos puntos de vista el de aquellos musicólogos y folkloristas que, como Domínguez Berrueta, oponen mucha resistencia a que la jota pueda tener alguna raíz árabe y creen que su origen es genuinamente español³². Para Ricardo del Arco la jota es de origen íbero, reminiscencia evidente de aquellas danzas de los primitivos españoles, de caprichosas evoluciones y movimientos violentos, de que nos hablaba Estrabón. Por los caracteres de su melodía no parece que descienda de ninguna inspiración oriental³³.

Con un enfoque más científico del problema y partiendo de la base de que las canciones populares se originan a través de procesos muy complicados, de difícil reconstrucción histórica, así como de la carencia de noticias acerca de la jota con anterioridad al siglo XVII, llega Antonio Beltrán a la conclusión —referida especialmente a la música— de que «la jota aragonesa, *tal como hoy la conocemos*, fue elaborada, tal vez en toda España, tomando cuerpo —paralelamente al fandango— en repertorios y piezas escénicas del siglo XVII, cobrando vigor en el XVIII y enraizándose, definitivamente, en Aragón a partir de principios de la siguiente centuria. Lo dicho no excluye que algunos de sus elementos musicales (no todos) tengan una dilatada antigüedad y un estrecho contacto con lo andaluz; pero lo que hoy recibe nombre de jota aragonesa es el resultado de una evolución musical que toma forma bien entrado el siglo XVIII»³⁴. De todos modos, el profesor Beltrán reconoce que «la jota conviene a muchos de los rasgos raciales que se suponen en el aragonés: sobriedad, altivez, rudeza y fiero espíritu de independencia, terquedad y realismo»³⁵.

³¹ *La canción tradicional española*, en *Folklore y costumbres de España*, II, Barcelona, 1931, *passim*.

³² JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA, *Les couplets et la musique de la Jota aragonaise*, en *Art. Populaire*, II, Paris, 1931.

³³ RICARDO DEL ARCO, *Aragón cit.*, págs. 179 y 181.

³⁴ *Sobre la jota*, loc. cit., págs. 38 y siguiente.

³⁵ *Ibidem*, pág. 42.

Pues bien: si la jota, sean cualesquiera sus orígenes remotos, se adapta a las cualidades del pueblo aragonés; si éste —quizá por lo mismo— se ha encariñado con ella y la ha incorporado a su vida, de tal modo que como aragonesa está aquella universalmente conceptuada, ¿qué puede importarnos su mayor o menor antigüedad y las posibles influencias que en el proceso de su creación haya recibido?

Aun cuando no pueda sostenerse fundadamente que nuestro canto y baile regional se haya producido espontáneamente en Aragón, ni siquiera que primitivamente fuese música especial suya, lo que no ofrece duda es que está nuestra jota muy de acuerdo con la psicología aragonesa e incorporada a las más bellas tradiciones nacionales, de modo tal que honra, en definitiva, no sólo a Aragón sino a España entera. «La manifestación popular aragonesa —dice Rafael Benítez Claros— constituye un espectáculo único de vistosidad y violencia, no sólo hecho de rapidez y fuerza, sino también del delicado sentimiento que cabe en sus canciones expresivas e ingenuas»³⁶. «La jota, mejor que ninguna otra manifestación del alma aragonesa y del alma española, nos muestra —escribe Angel Lacalle— el nervio de la raza, la reciura de sus sentimientos, la bizarría de su estampa y la admirable fiereza de su corazón»³⁷.

II. IMPORTANCIA Y GRANDEZA DE ZARAGOZA EN LAS SUCESIVAS ETAPAS DE SU VIDA

A. FACTORES

Una naturaleza privilegiada y el esfuerzo del hombre a través de muchos siglos de historia han formado a la ciudad de Zaragoza, concediéndola siempre una importancia extraordinaria.

A su situación geográfica tan ventajosa en el centro de la depresión del Ebro; en el centro, también, de Aragón y entre Castilla y Cataluña, debe Zaragoza su importancia pretérita y actual; pero también se la debe a la abundancia de sus aguas, que

³⁶ RAFAEL BENÍTEZ CLAROS, *Los hombres*, en el vol. *La España de los españoles*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1963, pág. 74.

³⁷ ANGEL LACALLE, *España, paraíso de Dios*, Barcelona, 1959, pág. 74.

han dado fertilidad y encanto a sus tierras. Lo decían los inolvidables cronistas Anselmo y Pedro Gascón de Gotor: «El caudaloso *Ebro*, con su majestuosa corriente; el ligero *Gállego*, con sus aguas puras y saludables; el *Huerva* humilde, que corre por profundo álveo, como avergonzándose en su pequeñez relativa del bello país por donde cruzan sus aguas; el *Canal Imperial*, obra colosal y digna del grande ingenio y actividad proverbial del esclarecido Pignatelli, todos estos elementos de fecundidad circunvalan a Zaragoza y la embellecen, y ora sirven de manantial seguro de riego, ora de medio poderoso de navegación, y siempre de agentes activos de la amenidad, que hacen de ella y su campo una de las ciudades más deliciosas... Con estos abundantes medios de producción y un horizonte encantador, con un suelo igual y nada accidentado y los deliciosos panoramas que a lo lejos se contemplan en sierras y montañas elevadas, reúne Zaragoza cuanto puede recrear a sus moradores»³⁸.

Mas al factor geográfico hay que unir el factor humano. La población de Zaragoza es aragonesa; el genio de Zaragoza es el mismo de Aragón, que es, a su vez, el esencial y originario de España. «Es significativo —nos dice Eugenio Nadal— que todo en la actual Zaragoza aluda a aquel lanzamiento de la hombría popular española que fue la guerra de la Independencia. Supremo estallido de todas las cualidades básicas del alma aragonesa, que son también las cualidades primarias, radicales hispanas y sólo ellas.» Así se ha podido ver por este escritor en Zaragoza «el nervio y carne viva de la raza, sobre el que se ha de tejer la cultura nacional», «el espejo claro donde reconocemos nuestra raíz y nuestra esencia»³⁹.

En suma, la geografía, el genio heroico de la raza y una larga y brillante historia han hecho de Zaragoza el centro, militar y político, de Aragón y la más importante y bella de sus ciudades. «En la vastísima llanura —decía Quadrado con poética admiración—, allá donde el impetuoso Huerva y el caudaloso Gállego rinden al Ebro su tributo, en el corazón mismo de la provincia, el rey de sus ríos visita a la reina de sus ciudades, reflejando en sus aguas las pintadas cúpulas del *Pilar*, paladión sagrado de los aragoneses; y los tres ríos, confundiendo su vario murmullo, parecen cantar las glorias de la ciudad de César-Augusto, la ciudad de los agudos

³⁸ *Zaragoza artística, monumental e histórica*, t. I, Zaragoza, 1890, pág. 6.
... ³⁹ *Ciudades en España*, cit., pág. 36 y siguiente.

y atrevidos minaretes arábigos y de los lindos patios platerescos»⁴⁰.

B. ETAPAS

Se ha dicho certeramente que las ciudades reflejan siempre en sus funciones, en su importancia y en su aspecto la coyuntura histórica que están viviendo, así como el pasado que las ha ido formando⁴¹.

No podemos trazar aquí, ni siquiera por vía de resumen o síntesis, una historia de la capital aragonesa. Ha sido expuesta con rigor y brillantez por escritores tan autorizados como Quadrado en su *Aragón*⁴², Ricardo del Arco en su *Zaragoza histórica*⁴³ (que recoge, además, de modo exhaustivo, la bibliografía anterior a él) y, más recientemente, Lacarra y Casas Torres en sus valiosas colaboraciones en el libro *Aragón* editado por el Banco de Aragón⁴⁴.

Pero vale la pena recordar que la historia de Zaragoza ha pasado por fases muy distintas. Puede decirse que ha habido tantas Zaragozas como épocas ha atravesado. No es extraño que se haya llamado a Zaragoza «Señora de las cuatro culturas», pues se sucedieron en su solar la ibérica *Salduba*, la romana *Cesaraugusta* (fundada el año 24 a. de J. C.), la *Sarcosta* o *Sarakosta* árabe (a partir de 714) y la cristiana y actual *Zaragoza* nacida en 1118), la cual, por otra parte, ha tenido períodos muy diferenciados. Permítasenos unos brevísimos apuntes que marquen la importancia que en todas esas fases ha tenido nuestra ciudad, si bien con aspecto y fisonomía muy distintos.

a) *La ciudad ibérica y la romana y visigoda.*

El primitivo solar de la actual Zaragoza fue ocupado por tribus íberas, que según Plinio le dieron el nombre de *Salduba*; pero no tenemos datos históricos sobre su origen y etimología (aunque algunos autores afirmen que este nombre hace alusión a cercanas montañas de sal)⁴⁵.

⁴⁰ Aragón, cit., pág. XV.

⁴¹ CASAS TORRES, *Los hombres y su trabajo* en la obra de varios autores, Aragón, cit., pág. 246.

⁴² Loc. cit., especialmente pág. 363 y sigs.

⁴³ Véase esta bibliografía en las págs. 171 y sigs. de su citada obra.

⁴⁴ Aragón, dos vols., Zaragoza, 1960.

⁴⁵ Tomamos la referencia de RICARDO DEL ARCO, *Zaragoza*, cit., pág. 15, nota.

El comienzo de Zaragoza como ciudad y unidad política está en la ciudad romana, fundada en los años 24 ó 25 a. de C., que muy pronto va tomando progresiva importancia, al ser elevada a la categoría de colonia inmune y después a la de convento jurídico con jurisdicción sobre cincuenta y dos ciudades.

La ciudad fundada por Augusto tuvo gran importancia militar (por ser centro de muchos caminos y comunicaciones). Pero fue grande también su importancia política y administrativa (que superaba casi a la de Tarragona, capital de la España Citerior) y, como secuela, su desarrollo comercial y cultural.

Con la aceptación del cristianismo, la Cesaraugusta romana tomó nuevos y gloriosos aspectos. En el siglo III, hacia el año 250 —nos relata Del Arco— «consta la existencia de cristiandad en Zaragoza. Cuarenta años más tarde se desencadenó contra el cristianismo la violenta persecución de Diocleciano, dirigida por el feroz Daciano; y las numerosas víctimas que produjo en aquella ciudad (Santa Engracia y los dieciocho mártires) son, por sí solas, una afirmación rotunda de lo arraigada y extendida que estaba aquí la Religión del Crucificado»⁴⁶. En el siglo IV, Zaragoza contaba ya con obispos y en el año 380 fue sede de un concilio, al que asistieron doce prelados.

En la época visigoda, la decadencia de Roma trajo consigo la de nuestra ciudad; pero pronto volvió ésta a desempeñar un papel importante, gracias, sobre todo, al prestigio que le dieron sus centros de enseñanza y sus obispos San Braulio (gran amigo, por cierto, de San Isidoro de Sevilla) y Tajón. Durante los siglos VI y VII —apunta Casas Torres— Zaragoza y Sevilla son las dos ciudades de la cultura española⁴⁷.

b) *La ciudad musulmana.*

Bajo la dominación árabe la opulenta Sarcosta o Sarakosta fue capital de una de las cuatro provincias en que fue dividida la península y que comprendía, dentro de sus límites, a las que después han sido Cataluña, Aragón, Navarra y parte de Castilla la Vieja. «No es extraño, pues, dice Quadrado, que los walíes de Zaragoza, gobernadores de tan vasto territorio y casi independientes del emir de España y hasta del mismo califa de Oriente por las

⁴⁶ DEL ARCO, *Aragón*, cit., pág. 246.

⁴⁷ Ob. cit., t. II, pág. 250.

turbulencias de los tiempos, sean llamados reyes en las crónicas cristianas»⁴⁸.

En los últimos tiempos de la dominación sarracena, Zaragoza era un gobierno de importancia militar y política, acaso tan grande como pudiera serlo Córdoba. Bajo el mando de los Banu-Hud, cuando mayor fue la arabización de Zaragoza, se edificó por el régulo Aben Alfaja el palacio real de la Alfajería o, como hoy decimos, Aljafería, que es testimonio del rango y esplendor que había alcanzado nuestra ciudad.

c) *La ciudad cristiana, reconquistada, capital de Aragón.*

La reconquista de Zaragoza, efectuada en el año 1118 por la figura extraordinaria de Alfonso I el Batallador, ofreció a la ciudad grandes problemas, entre ellos el derivado de su población heterogénea de cristianos, mudéjares y judíos; pero supo resolverlos con tolerancia y acierto, y en definitiva se abrieron para ella magníficas oportunidades y un período que le dio gran florecimiento.

Marca así esta época —aunque con altibajos muy explicables, por las vicisitudes de la historia general de España, que habían de repercutir en la capital aragonesa— el apogeo de la ciudad. No hay necesidad de aludir a la importancia, tan conocida y relevante, de su vida política y judicial; y tampoco podemos hacer aquí un recuento de sus glorias culturales (a través de su muy antiguo «Estudio mayor», restaurado y convertido en Universidad, en el siglo XVI por el prior de la Seo, don Pedro Cerbuna) ni de sus maravillas monumentales y artísticas. Están recogidas y catalogadas estas últimas en libros meritísimos, como los de Pascual Madoz⁴⁹, de José María Quadrado⁵⁰, de Anselmo y Pedro Gascón de Gotor⁵¹, de Tomás Ximénez de Embún⁵², de Ricardo del Arco⁵³, de José María Lacarra⁵⁴ y trabajos más particulares como el ofrecido al primero de los monumentos zaragozanos, la catedral del Salvador, generalmente conocida por la Seo, por Anselmo Gascón de Gotor Jiménez⁵⁵, y los dedicados a las calles de Zaragoza por

⁴⁸ Aragón, cit., págs. XXV y siguiente.

⁴⁹ *Diccionario Geográfico*, voz Zaragoza, Madrid, 1850.

⁵⁰ Aragón, cit.

⁵¹ *Zaragoza artística, monumental e histórica*, cit.

⁵² *Descripción histórica de la antigua Zaragoza y de sus términos municipales*, Zaragoza, 1901.

⁵³ Aragón y Zaragoza histórica, cit.

⁵⁴ Aragón en el pasado, en el tomo I de la obra, Aragón, cit.

⁵⁵ *La Seo de Zaragoza*, Barcelona, 1939.

José María Laguna Azorín⁵⁶ y más extensamente por Miguel Sancho Izquierdo y José Blasco Ijazo⁵⁷.

Pero no puedo menos de tributar aquí un entrañable recuerdo a la que fue maravilla y símbolo de la ciudad, la Torre Nueva de Zaragoza, frente a la cual, por cierto, pude nacer.

La Torre Nueva ha significado mucho en la historia de Zaragoza. Como escribe Ricardo del Arco, «idea genial, representativa de fortaleza ciudadana, de esfuerzo y de poderío fue la de su construcción. En 1504, el Concejo acordó erigir una torre «nueva» con respecto a las que señoreaban la urbe; las de los templos de la Magdalena, San Gil, San Pablo, la Seo, el Pilar (pero superior a ellas en invención, valentía y belleza), para regular la vida de la ciudad y avisarla del peligro con su enorme campana de 220 quintales»⁵⁸.

La silueta gentil de la Torre Nueva (de tipo mudéjar, octógona, edificada en ladrillo y con preciosas labores) y, sobre todo, el dilatado panorama que, como observatorio de la urbe y sus lejanías, se contemplaba desde su cúspide, entusiasmaban a los visitantes extranjeros. Lord Byron, Washington Irving, Tiers y Montalembert saludaron con emoción a nuestra Torre Nueva. «De una mirada —escribía Amicis— se abarca toda Zaragoza: La ancha calle del Coso, el paseo de Santa Engracia, los arrabales. Abajo, que parece que se ha de tocar con la mano, la cúpula de colores de *Nuestra Señora del Pilar*; un poco más lejos el Ebro famoso, que corre alrededor de la ciudad formando una curva majestuosa, y los extensos valles, enamorados, como dice Cervantes, de la claridad de sus aguas y de la gravedad de su curso; la Huerta, los puentes y las colinas, que recuerdan tantos combates sangrientos y tantos asaltos desesperados»⁵⁹.

d) *La ciudad actual.*

A pesar de la decadencia espantosa que afligía a toda España durante el siglo XVIII, pudo Zaragoza, en la segunda mitad de dicha centuria y en los primeros años del siglo XIX llegar a ser una ciudad esplendorosa y rica. Como ha dicho José Valenzuela la Rosa, presidían su conjunto «grandiosos monumentos con los que podía sentirse enorgullecida Zaragoza, como la magnífica Lonja con sus

⁵⁶ *La vieja Zaragoza* (Conferencia), Zaragoza, 1944.

⁵⁷ *Las calles de la ciudad*. Zaragoza, 1962.

⁵⁸ *Zaragoza histórica*, cit., pág. 19.

⁵⁹ *España*, cit., pág. 54.

góticas naves de inimitable elegancia; la soberbia catedral de la Seo, llena de espléndidas joyas; el castillo de la Aljafería, digno rival de la Alhambra, morada de reyes y museo de todas las artes; el convento de Santa Engracia, con su claustro de Tudelilla, sus altares de Berruguete y su portada de los Morlanes; el palacio de la Diputación, con su gloriosa sala de retratos y sus estatuas de alabastro; la Torre Nueva; la Casa de la Infanta y tantas otras bellezas»⁶⁰. Coincidiendo, en 1765, con la inauguración de la capilla de la Virgen, obra de Ventura Rodríguez, de asombrosa magnificencia, se inició en Zaragoza un período de renovación artística, acompañado de un paralelo renacimiento de la agricultura, la industria, el comercio y las manifestaciones de la intelectualidad aragonesa⁶¹.

Pues bien: todo este vigoroso renacer lo interrumpieron las huestes de Napoleón, que diezmaron la población y destruyeron buena parte de su riqueza artística⁶². Con estas desdichas de la guerra de la Independencia empezó para Zaragoza la Edad contemporánea. Pero, a la larga, el resultado de esta guerra significó un gran prestigio mundial para Zaragoza y dio ocasión, con la celebración de la Exposición Hispano-Francesa de 1909 (conmemorativa del primer centenario de los Sitios y debida al tesón y perspicacia de don Basilio Paraíso) para iniciar una definitiva fase de transformación y encumbramiento de la ciudad.

Y si también, por diversas causas, han desaparecido lamentablemente no pocas bellezas arquitectónicas, como la Torre Nueva⁶³ y la Casa de la Infanta, nos quedan otras valiosísimas que están siendo magníficamente restauradas, como la Alfajería (que durante tantos años ha sido una de las mayores preocupaciones de este Colegio de Aragón) o bellamente completadas, como las torres que faltaban a la Basílica del Pilar, levantadas últimamente merced a la generosidad del matrimonio Urzáiz-Sala.

Hoy el aspecto de Zaragoza es muy distinto del que presentaba en siglos anteriores. Tiene, además de nuevos monumentos, amplias avenidas, hermosísimas plazas, parques y jardines. Se dan pocas analogías entre la ciudad que aparecía en las fotografías de hace años y la que nos muestran hoy, por ejemplo, las recogidas en

⁶⁰ *Zaragoza antes de 1808*, en *Revista Aragonesa* (publicación mensual), Zaragoza, t. I, abril-mayo de 1908, pág. 260.

⁶¹ *Ibidem*, págs. 260 y sigs.

⁶² Vid. ALBAREDA POZUELO, *Lo que quedó en pie de la Zaragoza de los gloriosos Sitios*, en la *Revista Zaragoza*, 1958, págs. 195 y sigs.

⁶³ Sobre las razones, muy discutidas, de su demolición en el año 1892, véase SANCIO IZQUIERDO Y BLASCO, *Las calles de la ciudad*, cit., pág. 324 y siguiente.

publicaciones del Ministerio de Información y Turismo o en el bellísimo folleto «Zaragoza» editado, en 1962, por la Cámara Oficial de Comercio e Industria, en colaboración con otras entidades. Y en el orden económico, media un abismo entre la Zaragoza, fundamentalmente agraria, de antaño y la Zaragoza de ahora, de intensa vida económica y que se ha convertido en gran ciudad industrial —único centro industrial de Aragón—, aunque plumas autorizadas puntualicen que todavía es una ciudad preindustrial, ya que ha sido tan rápido su desarrollo económico y es tan reciente que aún no ha llegado a la madurez para que podamos considerarla una ciudad plenamente industrial, como Barcelona o Bilbao⁶⁴.

En el terreno de las letras y de las ciencias la Universidad de Zaragoza se muestra hoy más floreciente que nunca⁶⁵, a la vanguardia de los más altos centros investigativos y docentes del Estado español.

Cultural y económicamente —hay que decirlo—, Zaragoza es no sólo la capital aragonesa sino el núcleo rector de un espacio geográfico más amplio, que penetra en la ribera de Navarra y en la Rioja, ejerciendo también su influencia sobre las zonas de Lérida más próximas.

Y quizá más importante que todo ello, es que Zaragoza no ha perdido sus virtudes tradicionales. Sigue siendo la ciudad prestigiosa, de universal renombre por su heroísmo durante el asedio de los ejércitos napoleónicos y por su culto a Nuestra Señora del Pilar. Subsisten, pues, por fortuna, los rasgos más esenciales de su personalidad, como son el carácter noble de los hijos de nuestra tierra, la religiosidad plasmada en la devoción a nuestra Virgen del Pilar (declarada Reina y Patrona de la Hispanidad durante el pontificado de Pío XII)⁶⁶, el acendrado patriotismo que sabe conciliar el cariño a la patria chica con el amor y el servicio a la patria grande.

⁶⁴ CASAS TORRES, *Los hombres y su trabajo*, en la obra *Aragón*, cit., t. II, pág. 268.

⁶⁵ Véase el resumen que hace el rector JUAN CABRERA FELIPE, *La Universidad de Zaragoza en los últimos años*, en la revista *Zaragoza*, 1963, págs. 71 y sigs.

⁶⁶ Vid. JUAN B. Bastero, *La Virgen del Pilar, los Papas y la Hispanidad*, en la revista *Zaragoza*, 1964, págs. 119 y sigs.

III. CALATAYUD Y SU FISONOMIA HISTORICA Y PINTORESCA

A. *La privilegiada situación geográfica del Jalón y de Calatayud*

Si Aragón es una síntesis de España, como solar —se ha dicho— del pueblo celtíbero, «que constituye lo que pudiéramos llamar fondo radical y permanente del pueblo español»⁶⁷, hay una parte de Aragón que «en cierto sentido resume a toda esta región: la ribera del río Jalón»⁶⁸. El río Jalón, celtíbero por antonomasia, une a Aragón con Castilla y proporciona, a la vez, a la región aragonesa su huerta más característica, «una de esas esplendorosas huertas de España, ricas en frutas, viñedos, hortalizas, patatas, leguminosas y cereales»⁶⁹. A esta significación del Jalón y de su valle espléndido va unida la significación de Calatayud. Dijo, en ocasión memorable, y entonando un canto apasionado a la vieja Bilibilis, el docto profesor don Eugenio Beltrán, que «Calatayud es una necesidad histórica. Entraña y barrera del valle del Jalón, significa uno de los puntos clave en la geografía estratégica de España»⁷⁰.

No es, así, Calatayud un pueblo cualquiera o una ciudad provinciana más. Tiene notas muy singulares, históricas y a la vez típicas y pintorescas. Lo que pasa es que sus rasgos dominantes son los mismos de Aragón y, sobre todo, los que matizan a la capital aragonesa. Calatayud es ciudad satélite de la gran Zaragoza. Si Zaragoza tiene el privilegio de su situación geográfica y de la fertilidad que le proporcionan sus corrientes fluviales, Calatayud está también excelentemente situada, en la orilla izquierda del río Jalón, cerca de la confluencia del Jiloca y con vías que le enlazan con las principales poblaciones de Aragón y con Castilla, Cataluña y Valencia. Calatayud es, como Zaragoza, rica en bienes materiales y opulenta en dones espirituales y recuerdos históricos.

Vamos a ver, muy rápidamente, que la Historia y los aspectos todos de la ciudad bilbilitana nos recuerdan siempre y son casi reproducción, en un nivel menos ambicioso, de los ambientes históricos, artísticos y populares zaragozanos.

⁶⁷ MIJARES, *Civilización española*, cit., págs. 98 y siguiente.

⁶⁸ *Ibidem*, pág. 99.

⁶⁹ *Ibidem*, pág. 99.

⁷⁰ *Calatayud y la fiesta de la fruta*, en la revista *Zaragoza*, 1961, págs. 13 y sigs.

B. Recuerdos históricos

a) La «Bílbilis» primitiva y la romana.

El cerro de Bámbola fue asiento de la antigua Bílbilis, a unos tres kilómetros de la actual Calatayud, por la carretera de Soria. Mucho antes de la conquista romana, Bílbilis surtía de armas a toda la Celtiberia, y después, perfeccionada la fabricación del acero, sus espadas fueron preferidas a las de otros países. Los antiguos escritores, Plinio, Marco Valerio Marcial celebraban el río Jalón por la singular virtud de sus aguas para el temple de sus armas y de todos los metales. Así, el poeta Marcial nos presenta a Bílbilis como muy célebre por sus aguas y por sus armas: «aquis et armis nobilem».

Roma hizo de Bílbilis municipio y le confirió el título de *Augusta*, epíteto que marca el favor que le dispensaron los romanos, señores entonces del mundo. Tuvo el privilegio de acuñar monedas y se conservan muchas de ellas, así como medallas dedicadas a Augusto, Tiberio y Calígula, y otras con los nombres de Bílbilis e Itálica ⁷¹.

La importancia de Bílbilis Augusta está acreditada, además, por las ruinas y vestigios que existen de sus murallas e incluso de un teatro romano. Pero su mayor gloria fue haber sido cuna del poeta Marcial.

b) La «Calatayub» musulmana.

Los musulmanes destruyeron la ciudad, pero pronto, en 720, la poblaron y reedificaron. Nos dice Mellado, y es opinión general, que «la nueva Bílbilis o Calatayud debe su fundación al célebre moro Ayud Abonolid, rey de Sevilla, que recorriendo y conquistando con sus armas este suelo en que ya habían sentado sus reales los primeros guerreros del mundo, al llegar a este hermoso valle y frente a las confluencias de los ríos Jalón y Jiloca, fundó un pueblo con su mismo nombre de Calatayud o castillo de Ayud» ⁷². No falta, sin embargo, algún crítico tan autorizado como el arabista Codera, en su Discurso sobre la dominación árabe en la cuenca del Ebro, que haya puesto en duda ese origen del nombre de la ciudad en relación con el emir de Sevilla; pero fun-

⁷¹ Pueden verse algunas reproducciones en el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, cit., voz *Calatayud*, t. 23, pág. 172.

⁷² *España geográfica, histórica, estadística y pintoresca*, Madrid, 1845, pág. 903.

da su opinión únicamente en no haber encontrado sobre el particular datos seguros de los autores árabes.

c) *La Calatayud cristiana.*

«La Cruz —dice Quadrado— subterráneamente adorada en su recinto por espacio de cuatro siglos, tremoló al fin en 1120, día de la festividad del Bautista, sobre las almenas de Calat-Ayub, plantada por la victoriosa diestra de Alfonso el Batallador»⁷³.

La conquistó, en efecto, Alfonso I en 1120, y la pobló con gente de guerra, haciéndola punto de apoyo para proseguir la conquista de los territorios inmediatos. En 1130 instituyó el mismo rey la *Comunidad*, «a cuyo ejemplo se formaron luego las de Daroca y Teruel, confraternidad de pueblos doblemente militar y política con organización, autoridad y gobierno propio, exenta de la prepotencia de los barones, tan dispuesto a volver por el honor de la corona, como a combatir por la independencia del territorio»⁷⁴.

Fue ya ininterrumpida la importancia política de Calatayud. En tiempo de Jaime I luchó la ciudad a su favor, siendo, en varias ocasiones, su residencia. En 1291 se celebraron en ella los desposorios de Jaime II con Isabel de Castilla. Pedro IV, en 1366, le dio el dictado de ciudad.

Las Cortes aragonesas se reunieron muchas veces en Calatayud. Son de recordar las de 1366 (celebradas en la Colegiata de Santa María), las de los años 1461, 1480, 1495, 1515 y las últimas de 1625, bajo el reinado de Felipe IV de España.

Como el sentido de las Cortes aragonesas es el de ofrecer una representación auténtica del país ante la Corona, formaban parte de ellas los procuradores designados por gran número de ciudades. No podían faltar los de Zaragoza y los de Calatayud; pero se dio la circunstancia especial de que, desde Jaime II, las aldeas de la Comunidad de Calatayud (al igual que las de Daroca y Teruel) tenían representación propia, distinta de la de la ciudad⁷⁵. Esta, por lo demás, ocupaba, en las Cortes, segundo asiento después de Zaragoza.

Es de notar que en las Cortes de Calatayud de 1461 fue regulado el juramento que habían de prestar los reyes de Aragón de guardar «el Fuero y costumbre del Reyno», testimonio del principio, siempre observado, de que el rey de Aragón estaba sujeto a las

⁷³ Aragón, cit., pág. 553.

⁷⁴ Quadrado, ob. cit., pág. 554.

⁷⁵ José M.^a Lacarra, Aragón en el pasado, en la obra Aragón, cit., pág. 239.

leyes, exigencia de lo que, siglos después, había de ser llamado un Estado de Derecho.

Pareja al relieve político de Calatayud ha sido su importancia religiosa y artística. «Dos colegiatas y numerosas parroquias (llegaron a ser 11) indemnizaron a Calatayud de la falta de catedral que de tiempo atrás ha sido el más ardiente deseo de sus habitantes, sometidos a la sede ilustre de Tarazona»⁷⁶. Conste, sin embargo, que la religiosidad, el fervor de los bilbilitanos ha sido compatible con su tolerancia. Entre sus numerosos templos cristianos coexistían la sinagoga y la mezquita, «sin que la diversidad de cultos carcomiera la robustez de sus creencias»⁷⁷.

Las iglesias y las torres mudéjares, tan típicas de Aragón, son, como en Zaragoza, muy numerosas en Calatayud y su arcedianado. Se ha observado que las torres de Santa María y San Andrés de Calatayud son del mismo tipo que la de San Pablo de Zaragoza e imitan claramente la que fue Torre Nueva en la capital de Aragón. Se registran también en Calatayud, al igual que en Zaragoza, excelentes casas solariegas de estilo mudéjar.

El templo parroquial de San Pedro de los Francos, que se conserva como monumento histórico y artístico —y hoy alberga el XIX Pleno del Colegio de Aragón— guarda muchos recuerdos. Sus altas y despejadas naves, dice Quadrado, «cobijaron en 1461 a las Cortes del Reino, y presenciaron la formación de libres Fueros y del tribunal popular (el de los 17 *inquisidores*) que había de juzgar al Justicia y servir de salvaguardia a los agraviados contra el mismo patrocinador de sus derechos»⁷⁸. En él también las Cortes aragonesas juraron heredero de la Corona al príncipe Fernando, que reinó después con el sobrenombre de Católico.

No dejó de tener Calatayud importancia económica considerable. El lino y el cáñamo de Calatayud; las frutas sabrosísimas de su huerta, como los melocotones (tan estimados en la Corte de Madrid) han sido alabados por cuantos viajeros y escritores, como Antonio Ponz, han hablado de esta ciudad y su comarca. Y su situación hizo de ella un importantísimo mercado comarcal. Hoy día, aunque lamentablemente falto de industria, sigue mateniendo su prestigiosa tradición comercial⁷⁹.

Un hecho poco conocido, pero de no escasa significación, nos

⁷⁶ QUADRADO, *Aragón*, cit., pág. 559.

⁷⁷ QUADRADO, *ibidem*, pág. 558.

⁷⁸ DEL ARCO, *Aragón*, cit., pág. 554.

⁷⁹ Vid. SALVADOR IBARRA FRANCO, *Calatayud: pasado, presente y futuro*, en la revista *Zaragoza*, 1965, págs. 65 y sigs.

muestra el rango que Calatayud posee y le ha sido reconocido, en alguna coyuntura, por España. Cuando en el año 1821 se planteó el problema de la división del territorio nacional, las Cortes Españolas extraordinarias, en su sesión de 7 de octubre de dicho año, crearon la provincia de Calatayud. Al lado de las de Zaragoza, Huesca y Teruel, contó Aragón entonces con esta flamante provincia, que fue formada con los pueblos de su vieja Comunidad; con los del Señorío antiguo de los Luna; con la parte Norte de la Comunidad de Daroca y algunas otras incorporaciones. Las vicisitudes políticas de nuestro pasado siglo, con la intervención militar francesa y la reinstauración del absolutismo en octubre de 1823, dejaron sin efecto lo que se había legislado en el trienio 1820-1823 y quedó suprimida la provincia de Calatayud. Nos ha dado minuciosa y documentada noticia de todo ello, Fausto Navarro Azpeitia, bilbilitano ilustre, en un trabajo titulado «Cuando Calatayud fue capital de provincia», leído en Zaragoza, en actos organizados por el Instituto de Estudios Bilbilitanos y patrocinados por la Institución «Fernando el Católico», el 5 de noviembre de 1964. Hemos de resaltar aquí que la efemérides de que se trata respondió al deseo nacional, sentido en aquella época, de que las provincias españolas no tuvieran demasiada extensión territorial. En la región aragonesa no hubo entonces ni la ha habido nunca la menor tensión entre Calatayud y Zaragoza.

d) *Los hijos ilustres de Calatayud.*

El primero, cronológicamente, en la lista de los bilbilitanos ilustres, es ya una figura muy sobresaliente, la del escritor latino Marco Valerio Marcial (años 40-104). El más famoso timbre de Calatayud —nos dice don José María Quadrado— «es el de ser cuna del poeta que con sus sales epigramáticas debía distraer a Roma de su precoz senectud y de los furores imperiales. Marcial esperaba que su patria le inmortalizara como Mantua a Virgilio, como Córdoba a los Sénecas y a Lucano; y él es quien trazándonos con amor (en los versos que a su patria dedicara) los nativos lugares, comunicó a Bílbilis su propia inmortalidad»⁸⁰.

En el siglo XI fue Calatayud patria de San Iñigo, monje benedictino y abad de Oña⁸¹, hoy patrono de la ciudad.

Se cita también como hijo de Calatayud al papa o antipapa Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII, nacido en

⁸⁰ Aragón, cit., pág. 553.

⁸¹ Vid. ORVAL, *San Iñigo de Calatayud*, en la revista *Zaragoza*, 1961, págs. 27 y sigs.

Illueca en 1334. Su vinculación con Calatayud es indudable. El templo de San Pedro Mártir fue reconstruido de planta por el papa Luna para panteón de su familia.

Hijo de Calatayud fue, en el siglo XVI, don Pedro Cerbuna, prelado y escritor notable, fundador de la Universidad de Zaragoza.

Por bilbilitano se tiene, igualmente, a Baltasar Gracián, aunque, al parecer, nació, en 1601, en Belmonte, cerca de Calatayud y dentro de su comunidad. Su aragonesismo es indudable; no sólo porque se refirió, en su extensa obra, a Aragón y sus valores, sino porque legó a la literatura patria, con el espíritu barroco propio de su época, un fuerte individualismo, muy propio del genio aragonés. Su obra maestra, *El criticón*, novela filosófico-alegórica sobre el sentido de la vida, está llena de pesimismo trascendente, que influyó, tal vez, en la filosofía europea de conocidas escuelas.

En el último siglo y en el nuestro son tantos los hijos ilustres de Calatayud, que hay que renunciar a citarlos para no incurrir en lamentables omisiones.

C. Rasgos pintorescos

Muy pintoresca es la situación de Calatayud. Está levantada al pie de un alto collado; está rodeada de cerros, y bajo su puente de piedra corre, caudaloso, el río Jalón. Este aspecto inspiraba líricos párrafos a Quadrado, cuando veía aquí uno de los prototipos de las ciudades que esmaltan el suelo aragonés y le prestan un aroma poético. No le faltan ni las antiguas fortalezas, en sus alturas, ni los tesoros artísticos de sus colegiadas, parroquias y conventos, ni los casales marcados en sus calles con su escudo de piedra, ni el río que fecundiza a sus tierras y da amenidad a sus perspectivas. «El Jalón benéfico —nos decía Quadrado— besa las tapias de la noble Calatayud, que confunde a lo lejos los blancos edificios con las calcáreas peñas...»⁸².

Tiene Calatayud, además, notas típicas y singulares, en las cuales pensara seguramente el pintor y escritor José Gutiérrez Solana cuando dijo que «Calatayud es un pueblo raro y de ensueño»⁸³. Una de ellas es la que ofrece la parte alta de la ciudad con sus fortalezas, que llegaron a ser cinco. Son de citar el castillo de Ayud

⁸² Aragón, cit., pág. XIV.

⁸³ Aludido por CEFERINO PALENCIA, *España vista por los españoles*, ya cit., pág. 798.

o Plaza de Armas (que es el mejor conservado), el ya derruido castillo de Doña Martina, la torre del Reloj, también derrumbada, aunque subsista su campana⁸⁴. En lo más alto de este pintoresco conjunto, «la ermita de San Roque —decía Quadrado— registra por cima de los cerros un dilatado panorama»⁸⁵.

Pero aunque los cerros de Calatayud registren hermosas perspectivas, lo que más ha captado la atención de propios y extraños son las cuevas o habitaciones abiertas en las peñas. Abundan también estas viviendas troglodíticas en otros puntos de la ribera del Jiloca y del Jalón, suscitando el problema de su origen y razón de ser. ¿Serán una supervivencia ancestral, ligada a pobreza de las gentes o son una adaptación a las condiciones de determinados medios geográficos?⁸⁶ Lo cierto es que, en Calatayud, estas cuevas han formado barrios enteros o núcleos importantes, llamados de Morería, porque se supone que estaban habitados por los musulmanes durante la dominación árabe, y posteriormente por los moriscos. Estas barriadas han llamado mucho la atención de los extranjeros, ávidos de encontrar en nuestra patria ambientes arcaicos y típicos. El barón Dovillier, en su viaje por España en 1862, en compañía de Gustavo Doré, decía que la verdadera curiosidad de Calatayud es la Morería, el antiguo barrio de los moros, que ocupa varios montículos que dominan a la ciudad, horadados por cuevas como agujeros clavados en la montaña⁸⁷.

Si pintoresca es la situación y el paisaje en Calatayud, es también rico, alegre y atractivo su *folklore*. La jota no sólo se baila y canta en Calatayud, sino que tiene en esta localidad, como en otras de Aragón e incluso Zaragoza, alguna variación propia. Y la fantasía la vincula a Calatayud de un modo especial.

Hay una copla que dice:

*La jota nació en Valencia,
fue criada en Aragón.
Calatayud fue su cuna
a la orilla del Jalón.*

⁸⁴ Puede verse sobre la fortaleza llamada «el reloj tonto» SALVADOR AMADA SANZ, en la revista *Zaragoza*, 1961, págs. 50 y sigs.

⁸⁵ *Aragón*, cit., pág. 568.

⁸⁶ Vid. DEL ARCO, *Aragón*, cit., pág. 191.

⁸⁷ *Viaje por España, ilustrado por Gustavo Doré*, Madrid, 1949, pág. 888.

Y otra versión introduce esta variante:

*La jota nació en Sevilla,
fue criada en Aragón.
Calatayud fue su cuna
a la orilla del Jalón*⁸⁸.

Aun sin dar demasiada importancia a tan frágiles testimonios, no parece disparatado el sobresaliente puesto que en la producción de la jota se atribuye a Calatayud.

Y ya que de manifestaciones populares hablamos, es de notar que los cantares aragoneses recogen algunas veces, al lado de la fuerza y vigor y del patriotismo y la religiosidad de nuestras gentes, el fondo de humor que hay en ellas y que se traduce en agudos desplantes. Sin duda es ésta la significación, no malediciente ni ofensiva, de la conocida copla:

*Si vas a Calatayud
pregunta por la Dolores,
que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores.*

Sea cualquiera el origen —no conocido— de esta copla, lo cierto es que su tema es más literario que auténticamente popular. Como ha dicho Robert E. Wilson, «la difamación del carácter de una mujer por medio de la circulación de coplas es frecuente en la literatura española y probablemente lo fue también en la vida española de otros tiempos. Para citar dos ejemplos conocidos: Lope de Vega, *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, y Benavente, *La malquerida*»⁸⁹. No es, pues, extraño que la copla aragonesa haya sido inspiradora de muchas producciones de naturaleza culta que son las que la han propagado y le han suministrado un argumento. Basta recordar la comedia *La Dolores* del dramaturgo catalán Feliú y Codina (1891); la novela del mismo autor *La Dolores*; la zarzuela, y después ópera, titulada también *La Dolores*, de Tomás Bretón (1895) y, en tiempos más recientes, tres películas y algunas canciones de estilo moderno, como la muy conocida, originaria de la Argentina, *El hijo de la Dolores*⁹⁰. En definitiva, la fábula de la Dolores no puede calificarse, para Calatayud, de leyenda negra: le ha dado notoriedad, sin desprestigio para sus muchachas.

⁸⁸ Esta es la versión que recoge MELCHOR DE PALAU, *Cantares populares y literarios*, Barcelona, 1900, pág. 242.

⁸⁹ *Calatayud y la leyenda de la Dolores; La historia de una copla*, en *Cuadernos de Aragón* II, 1967, pág. 224.

⁹⁰ Wilson, loc. cit., págs. 222 y sigs.

Perfiles aragoneses

El pueblo de Aragón no puede hablar mal de sus mujeres. Sabe elogiarlas, cuando habla en serio, y dedicarles, aun en sus coplas festivas, los más ingeniosos piropos. El viajero francés de tiempos de Napoleón III, antes citado, barón Charles Davillier, nos dice lo siguiente: «Las aragonesas son justamente famosas por su belleza. Pronto las veremos desplegar toda su gracia en su baile regional, la *jota*. Mientras tanto, limitémonos a citar otra copla, en la que se comparan los méritos de las aragonesas con los de las andaluzas:

*Todas las andalucitas
van desparramando sal,
las de Aragón desparraman
canela pura, y no más.*

»Hemos de recordar —sigue diciendo Davillier— que el sentimiento popular de la palabra *sal* es sinónimo de gracia, mientras que *canela* expresa todo lo que hay de exquisito, a menos que se use la expresión hiperbólica de *flor de la canela*, después de lo cual ya no se puede decir nada más»⁹¹.

Hay un humor aragonés, ingeniosamente socarrón, que ya fue observado, precisamente, por el bilbilitano Gracián. La copla de que se trata, que ha dado fama a Calatayud, es un injerto pícaro en la canción de un pueblo serio, pero también alegre, que sabe hermanar la gracia con la inofensiva ironía.

⁹¹ *Viaje por España*, cit., pág. 880.